

EN TORNO A FRANCISCO ALEMÁN SAINZ

CONOCI a Francisco Alemán Sainz a finales de 1974, cuando, a punto de comenzar un estudio sobre su obra literaria, fui a visitarlo para cambiar impresiones. Conforme subía el ascensor los ocho pisos que separan Radio Nacional, donde trabajaba, del suelo que pisamos el común de los murcianos (le llegué a decir, en broma, que las emisoras no deberían andar tan por las nubes), la curiosidad primera se me transformaba dentro del cuerpo en desasosiego, en "regomello" (término que le hubiera encantado a él por más expresivo). ¿Cómo presentarse? ¿Cómo encajaría un escritor el atrevimiento de un don nadie en querer analizar su obra? ¿Cómo decirle que yo, hasta entonces, apenas había leído tres cuentos suyos y algún artículo desperdigado?

Fue todo muy fácil. Paco, con la cordialidad que le caracterizaba, se mostró dispuesto a facilitarme al máximo la labor. Hablaba y hablaba haciendo unos alardes de gracia, de erudición, de ironía, que me dejaron mudo de asombro. Ignoraba todavía si era un buen escritor, pero no me cupo la menor duda de que era un genial conversador, oficio que hoy escasea por demás. A la salida de este encuentro comprendí que no lograría dar una imagen medianamente completa al lector si no entremetía en el libro aquellos racimos de ideas, aquellas cataratas de palabras que salían de su boca con el colorido, la chispa, la sorpresa con que un prestidigitador se saca de la manga toda una colección de pañuelos llamativos.

Por ello, en la siguiente visita, y en las muchas que le siguieron durante



1975, me acompañó un magnetofón. Paco, desconfiado, se reprimía ante el aparato. Quien tanto escribiera sobre los más superficiales y pasajeros géneros literarios, el autor de tantos artículos periodísticos, flores de un día, o de tantos espacios radiofónicos que viven apenas lo que tardan en nacer ("La radio es un fenómeno sobrecogedor porque, tras el momento en que se emite, llega el silencio. Y ese silencio permanece siempre..."), cuidaba sus frases, mimaba sus citas, meditaba sus palabras y hasta engolaba la voz, al saber que no se las llevaba el viento, que "quedaban"...

Pero ni esa comprensible falta de espontaneidad privaba de interés a su conversación. Entre puro y cigarrillo, cigarrillo y puro, a micrófono abierto o cerrado, hablamos de todo, allá en su escondido piso de la calle de la Herradura (¡qué nombre para un folletín!), número 1, 9.º izquierda, que tanto me costó encontrar la primera vez. Y el recuerdo de aquellas conversaciones, de las que la memoria, desgraciadamente, apenas guarda los asuntos (nunca trascendentales), descarnados ya por el tiempo, sin el brillo de su buen decir, sin la gracia de su humor siempre a flor de piel, sin el prodigio de aquellas increíbles citas que nunca pude comprobar si eran ciertas o inventadas (¡qué más da!), lo que hoy, enterado de su muerte, me vuelve a oleadas del pasado.

He tardado mucho en decidirme a coger la pluma, porque siempre he aborrecido los panegíricos al uso y sé que a él tampoco le gustaban ("Es como si te entregara mi testamento, toda la labor de una vida" dijo al poner en mis manos varios tomos cuidadosamente encuadernados con artículos y cuentos recortados de las más dispares revistas y periódicos), pero hay ciertas cosas que entonces no dije, o no supe decir, y que hoy me tienen en deuda con él. De alguna de ellas, de dos concretamente, su concepto de literatura y su murcianismo, quisiera hablar un poco por extenso.

LA LITERATURA COMO JUEGO

Alemán Sainz fue el escritor que supo llevar hasta sus últimas consecuencias su idea de *la literatura como juego, como diversión*. Esto ya lo inventaron los vanguardistas, pero los vanguardistas eran unos farsantes: utilizaban este aserto como arma arrojadiza y a la hora de crear se tomaban muy en serio su papel de "niños terribles". Paco Alemán no. Paco Alemán no escribía por necesidad de desahogarse ("El autor no tiene por qué contar su vida. Lo que tiene que hacer es inventar"), ni por defender unas ideas



("Yo no creo en ninguna propaganda, ni siquiera en la propaganda de la fe"), ni por alcanzar un reconocimiento público que no tuvo en vida ("En Murcia unos me han considerado y otros no, pero esto tampoco me importa mucho"), ni por dinero ("La literatura no da para comer; puede darte, todo lo más, para comprar los libros que lees"). Escribía sencillamente por el placer de escribir ("El escritor debe escribir porque disfruta escribiendo. Yo lo he pasado muy bien escribiendo. Si no se llega a haber inventado esto de contar, a lo mejor lo hubiera inventado yo").

Esta concepción lúdica de la literatura asumida hasta sus últimas consecuencias conlleva una *libertad absoluta para el creador*, que no se siente deudor de las modas al uso ni trata de acoplarse a modelos preestablecidos y de éxito (¿Se lleva la temática social? Pues hay que escribir novela social. ¿Está de actualidad el monólogo interior? Tengo que meter como sea un monólogo interior). Alemán Sainz escribía sobre lo que le apetecía y como le apetecía, porque si no, en vez de juego, la obra se le hubiera convertido en un problema, en una pesada carga que arrastrar hasta el punto y final.

De ahí que, cuando la mayoría de los escritores españoles, en la década de los 50, engrosan la corriente del realismo social, Alemán Sainz se mantenga al margen, haciendo lo que siempre había hecho ("No creo en la novela social de ninguna clase, ni en eso del compromiso. Toda literatura es comprometida. Y te voy a decir más. Creo que, en el fondo, no hay nada tan comprometido como la literatura de evasión, que es como hacer un corte de mangas a unos supuestos que no nos valen"). De ahí, también, que, cuando a partir de 1962 nuestra narrativa echa mano de las nuevas técnicas (mezcla de tiempos y puntos de vista, monólogos interiores, estructuras caóticas, personajes fragmentarios, etc.), Paco Alemán siga construyendo sus relatos a la manera tradicional ("No creo tampoco en el ladrillo novelesco. El lector necesita el aspaviento inmediato entre el poema y la aventura"), defendiendo, contra viento y mareas, su derecho a pasarlo bien escribiendo.

Su concepción de la obra literaria determina en Paco Alemán, incluso, *la elección de géneros en qué expresarse*. Prefiere el cuento a la novela, el artículo al ensayo, porque su brevedad los hace más llevaderos, exigiendo del escritor menos esfuerzo y tensión ("Yo no soy hombre de obra larga. Para mí la novela es como una pulmonía, algo agotador. Me interesa el artículo o el cuento porque son obras breves, porque son formas completas que, llevándolas pensadas, pueden escribirse de un tirón. Hacer del instante



una posibilidad de obra es, sin duda, muy sugestivo"). Y esta circunstancia ha influido, qué duda cabe, en su proyección cara a los lectores y la crítica. En España es escritor quien publica un libro de poesía, gana un concurso de novela o estrena un drama. Si escribes artículos sólo eres periodista; si cuentas, aunque los recojas en libros y sumen centenares, no eres casi nada: todo lo más un "aprendiz de novelista", o, peor aún, un "novelista frustrado". No importa que utilices como difusión todos los medios a tu alcance: periódicos, revistas de todo tipo, radio, televisión; que lleves treinta y cinco años publicando o que figuren relatos tuyos en las mejores antologías del género, como es el caso de Alemán Sainz. No dejarás por ello de ser considerado un "escritor de obra corta", un "escritor menor". "Escritor menor" que, no obstante, cuenta en su haber, publicados, diez libros de ensayos, tres de cuentos, uno de poesía, amén de cuatro o cinco novelas cortas, numerosos relatos sueltos y numerosísimos artículos.

No solamente el medio de expresión. El concebir la creación literaria como un disfrute determina en Alemán Sainz hasta la temática. Lo primero que asombra al internarse en su vasta producción es *la variedad tan tremenda de asuntos* en los que empleó su pluma. Dejando a un lado la rica e interesante parcela de las sublitteraturas, a la que más tarde haré referencia, uno encuentra en su haber, desde libros sobre ciudades o personalidades del pasado, hasta libros sobre el fuego o el agua, o libros de poesía; desde entrevistas apócrifas con sus escritores preferidos, hasta artículos sobre cualquier motivo, la fotografía o la tauromaquia incluidas; desde cuentos sentimentales hasta infantiles, pasando por el relato policíaco, futurista o de aventuras; desde textos para catálogos de pintores, guiones de radio o breves espacios televisivos, hasta el voluminoso diccionario de la novela policíaca. En realidad, casi nada le era ajeno. Y cuando, alguna vez, entre sorprendido y disgustado, le mostré mi desacuerdo por emplear su tiempo en menesteres que nada lo prestigiaban como literato, defendió su derecho a la libertad con un encogimiento de hombros y una cita de no sé quién que lo calificó en cierta ocasión de "polígrafo", "es decir —apostillaba con orgullo—, escritor que trata sobre materias diferentes"...

Pero aún hay más. Alemán Sainz no sólo concebía como diversión el oficio de escribir, sino, incluso, y en mayor grado todavía, *la ocupación de lector*. Su cultura literaria no fue obstáculo para continuar, con la misma ingenuidad de la adolescencia, las lecturas que desde niño le atrajeron: los tebeos, las novelas del oeste, policíacas o de aventuras. ¡Había que oírlo



hablar (sedentario él, pacífico, ceremonioso, pero con la emoción escapándosele a raudales por los poros de la piel) de Flash Gordon y Dale Arden; de Tin Tyler y Spudo (Jorge y Fernando en versión española); de Emilio Salgari, sus ansias infinitas de aventuras y su suicidio; de las increíbles peripecias de Rocambole! La cara y la voz se le iluminaban al reflejo de ese enorme tesoro de sueños juveniles... ¡Había que oírle recitar, aguzando el tono, aquello de "Soy el capitán Clarck, de la patrulla de Marfil, que vengo a preguntar, por un individuo llamado Trébor", o, ahuecando la voz, aquello otro de "Yo no tengo los pies planos, tampoco tengo la grandeza de alma del obispo de los Miserables, pero si uno de estos desgraciados, viniera hasta mí y me dijere: '¡Ampárame, fiscal, que no quiero delinquir!', yo le cedería mi pan y mi techo...", que él afirmaba (¡Vaya usted a saber!) era del Prólogo de "Morena Clara", por Imperio Argentina en su primera versión, y en su segunda versión por Lola Flores...!

El acercamiento a estas literaturas o sublitteraturas (a él no le gustaba este término peyorativo, por lo que acuñó el de "afueras de la novela") tradicionalmente olvidadas, cuando no menospreciadas, por la crítica, ha estado motivado en la generalidad de los estudiosos por motivos intelectuales. Escarpit, Terence Moix, Amorós, Díez Borque, etc., se han interesado por esta literatura (con minúscula) más como investigadores que como consumidores de ella. Pues bien, antes que nadie reperara en el interés socio-cultural de estas parcelas populares de las letras, Alemán Sainz llevaba años leyéndolas apasionadamente ("A mí me interesaba mucho lo superficial, porque creo que lo profundo es, muchas veces, algo así como el interior de lo superficial"). Las leía y las valoraba en su justa medida ("Yo creo que la literatura de kiosko es importante, y hasta muy importante. Allí anda la lectura de un sector humano y también, por qué vamos a negarlo, una parte de nuestra distracción"). Las valoraba y, por ello, les dedicó varios ensayos y numerosos artículos, no para seccionarlas con el bistrú de la sociología, o el psicoanálisis, sino para resaltar lo que tienen de imaginación, de atractivo, de sorpresa o de repetición para el lector ("A mí la Sociología, en realidad, no me interesa excesivamente y el Psicoanálisis tampoco, porque literariamente es muy complicado. A mí, lo que me interesa de estos tipos de novela es lo que hay en ellos de creación y de repetición"). Y lo que otros estudiosos no se atrevieron a hacer, intentar estos relatos, lo hizo él. ¿Qué son sus relatos "de encuentro y despedida", a caballo entre lo cotidiano y lo maravilloso, sino un empeño de dignificación de la literatura rosa?



Y en su larga lista de narraciones uno encuentra de vez en cuando cuentos fantásticos, futuristas, policíacos..., cuentos, incluso, con resabios de folletín...

Pero nada más equivocado que suponer que Paco Alemán se quedaba, como lector, en las "afueras de la literatura". En su bien nutrida biblioteca, uno encontraba, codo con codo, a Proust y Sherlock Holmes, a Kafka y Wells, a Juan Ramón Jiménez y Tarzán... Cuatro fotos, enmarcadas, contemplaban impasibles las lejas repletas de libros, como símbolo, quizás, de su totalizador concepto de cultura: una de Ortega y Gasset, otra de Baroja, otra de Camus, y otra de la Mata Hari reclinada lánguidamente sobre un diván y guiñando inútilmente el ojo a sus tres, demasiado serios y demasiado entrados en años, admiradores. Un filósofo, un novelista que sobrellevó su grisácea vida a base de soñar aventuras y contarlas, un existencialista y una espía ataviada a lo corista, pueden darnos la clave, no sólo de sus gustos literarios, sino, incluso, de su personalidad.

También a esa Literatura (con mayúsculas) le dio cabida en sus escritos, pero sin afán erudito ni de sentar cátedra, sino con la soltura, amenidad y desenfado del hombre sensible que trata de transmitir al lector o al oyente el sedimento que en su espíritu dejaron determinados libros. Véanse, si no, sus "entrevistas apócrifas" con D'Annunzio, Bernard Shaw, Chesterton, Unamuno, Proust, Ortega, Juan Ramón..., que fueron escritas originariamente para la radio y publicadas más tarde.

La literatura como juego, como placer, como diversión. Ese es el centro medular del escritor Alemán Sainz, del que hay que partir para entenderlo, porque en él tienen origen sus mejores aciertos y sus mayores errores. La honda y auténtica raigambre popular del que escribe para el lector común no para el crítico; la ternura; la fina ironía; la capacidad para la sorpresa, para lo maravilloso; sus agudas dotes de observación; su optimismo y humor a prueba de bomba ("Yo no creo en la angustia, que considero una invención. No se puede estar siempre angustiado; se puede ser Kafka, pero no kafkiano") nacen del mismo manantial que su falta de profundización, su negativa o incapacidad para evolucionar, su frecuente tergiversación de la realidad, su continuo repetirse ("Pero los escritores se repiten todos. Todos"), sus altibajos en cuanto al estilo ("No repaso nunca; escribo directamente... El escribir siempre bien sería aburridísimo")... Aciertos y errores que son características cualitativa, no cuantitativamente, consustanciales a la literatura de kiosko ("No quiosco, ni kiosco, por favor. Ocurre como en el coco



aquel que acostumbraba a llevarse a los niños insomnes, cuyo prestigio hubiera sido mayor de haberse escrito "koko", porque la K es una gran letra, exótica y con su poco de solemnidad"), sobre cuya influencia en su oficio de escritor nunca se insitirá demasiado. Son todos ellos ingredientes necesarios en las literaturas marginales, como son ingredientes inevitables en la obra de Paco Alemán. Sin ellos, se le hubiera aguada la gran fiesta diaria del escribir y la literatura hubiera dejado de ser una diversión para convertirse en un problema.

MURCIA, SU CIUDAD

Hay, además de su concepto de literatura, otro elemento integrador en la obra de Alemán Sainz, otro componente básico para entenderlo como escritor y como hombre: Murcia. Nació y vivió durante años en el barrio de San Antolín ("Desde la ventana de mi cuarto, la mirada que se canaliza por la recta estrecha de la calle de la Lealtad llega hasta el huerto de la Estrella, a la vera del Malecón. Palmeras y cipreses se alzan en el aire caliente con dirección a un cielo despejado, y tras ellos, en la lejanía, queda la línea ondulada de las montañas azules..."); y él, con sus calles, con sus gentes, fue su primer manantial de inspiración.

Aunque gran parte de su obra no tenga nada que ver temáticamente con Murcia, ésta aflora insistentemente en sus páginas; y, sobre todo, hay un algo de su atmósfera, de su espíritu, flotando entre cada una de sus líneas, recorriendo de punta a cabo su amplia y dispuesta producción. De temática murciana fue su primer libro de ensayos, allá por 1949; y Murcia y sus gentes (Gálvez, Martínez Tornel, Maestre, Julián Romea, Juan Guerrero, José Ballester, Luis Garay...) protagonizarán sus artículos con frecuencia, e incluso sus obras de ficción, como "Carta bajo la lluvia", la más interesante, sin duda, de sus novelas cortas, o "Regreso al futuro". Siempre, eso sí, una Murcia amanosa, tranquila, recordada con nostalgia; la Murcia de su juventud, a la que Paco Alemán se sentía más cordialmente unido que a la desproporcionada e impersonal del presente; aquella "Ciudad de Nunca", de la que escribiría en su único libro de poemas:

*"Ciudad que se ha escapado para siempre.
País de Nunca Jamás, con las calles vacías,
instalado en un bloque de tarjetas postales,
prisionera en el párpado caído del silencio.*



*Ciudad de Nunca Ya, navegando en los sueños
con apenas un grupo de automóviles.
Ciudad de cuyos días remotos ya no cuenta
ningún canto que valga para ser escuchado.
Ciudad Sorda, tan muda que no tiemblan
árboles en sus plazas, rosas en sus jardines,
olvidada en el fondo azul de los armarios
con las nubes dobladas entre la lencería.
Nadie sabrá de tí cuando unos años pasen,
y aquellos que estuvieron en los viejos jardines
en los cines antiguos se quedarán sin voz
mientras el tiempo fluye sobre las avenidas".*

Pero el murcianismo de Paco Alemán no se queda, ni mucho menos en lo literario. El amor por su ciudad es un sentimiento arraigado en lo más profundo de su ser ("Se ama una ciudad como se ama a una criatura, escuchándola atentamente"), porque él fue uno de los artífices de la floreciente Murcia cultural de los años 45 ó 50. Por aquel entonces, lo mismo lo vemos presentando una obra de teatro del T.E.U., que inaugurando el nuevo curso en la Sociedad Económica de Amigos del País; colaborando en periódicos y revistas, algunas ya desaparecidas como "Azarbe" y "Sazón", como participando en ciclos de conferencias junto a Tierno Galván, Román Alberca o Baquero Goyanes... ("Había una cultura intensísima... Fue una época dorada").

Era aquella una Murcia que podía colmar las apetencias culturales de un joven aprendiz de escritor en la difícil postguerra. Y Paco la vivía a gusto. Después, poco a poco, todo casi todo se fue apagando ("Luego, se hizo un silencio enorme..."), se fue reduciendo lo que había sido un medio propicio para sus amplias inquietudes, quedando reducido a una limitada cárcel de cristal, a través de cuyas vidrieras sólo cabía contemplar el más allá del pasado. ¿Debería haberse ido? ("Cuando he salido fuera de Murcia, siempre he deseado volver, y alguna vez salía para sentir ese deseo de volver, la necesidad de regreso"). A mitad de la vida, quizás era tarde para eso.

Paco, tranquilo, reservado, bonachón, con la suspicaz ironía del huertano brillándole en los ojos tras el grueso aumento de los cristales, con el mechón rebelde de cabello, ya algo gris, cayéndole sobre la frente, se quedando zancadas entre sus kioskos y su Malecón, entre sus libros y sus memo-



rias, recordando que Donald Gordon, de la Universidad de Manitoba, vino a verlo a propósito de una ponencia que sobre sus cuentos, los de Jorge Campos y Daniel Sueiro iba a presentar ante la Asociación Canadiense de Hispanistas; recordando que su nombre y obra figuran en Antologías como las de García Pavón, Mariano Baquero, Helman y Arjona (de Nueva York), Raúl Torres o Antonio Beneito; recordando la larga lista de revistas de las que ha sido colaborador: "Juventud", "Ateneo", "La Estafeta literaria", "Cuadernos hispanoamericanos", "Insula", "El Urogallo", "Arbor", "Promemio", "Blanco y Negro",...; recordando que habían hablado de él Anderson Imbert, Eduardo Tijeras, Valbuena Prat, Gerard Police, J. L. Alborg, Fernández Almagro, etc., etc.; recordando todo eso para conjurar el calificativo de escritor aislado y provinciano ("No he sido un escritor de provincias porque he tenido acceso a todos los medios de comunicación y a numerosas revistas y periódicos, y porque mis críticos no han sido de provincias"), que a veces se cernía, como una sombra difusa, sobre él.

Habría que quitarle a ese calificativo la carga peyorativa que conlleva desde que las grandes metrópolis monopolizaron la cultura; o habría, mejor, que inventar un nuevo término, cargado a la vez de admiración y agradecimiento, para posponerlo a nombres, como el de Paco Alemán, de quienes se quedaron cuando todos se iban. Y habría que defender desesperadamente, como homenaje a quien tanto amó su ciudad, esos trozos de sus recuerdos que aún nos quedan vivos entre los rascacielos, cuando tantos se llevó la piqueta de la desidia y la especulación o la inexorabilidad del tiempo:

"¿Qué se había hecho de la Plaza de Santa Isabel, de su jardín, del monumento a la Fama de los murcianos? Durante unos días la memoria iba trayéndome otra Murcia que ya no estaba aquí. La Casa Lajarín, con Santiago vociferando. La tasca del Poeta, en la calle de Jabonerías, con todo escrito en verso para la clientela, y el merendero del Talpa en el camino le Churra, por la puerta nueva, y el de Margarita cerca del río, por el Cementerio viejo.

Ahora tenía que seguir la pista de una Murcia navegando en el tiempo pasado, como una sombra sin sentido para el presente. ¿Dónde estaban los cafés de mi tiempo? El Oriental, el del Sol, el Moderno; los bares como el Olimpia, el Rhin, el Díez, el Montañés, la Cosechera. La Cervecería Agraria, en la calle de Frenertia, con su pianola..."



Y habría que salvar, como humilde homenaje a quien nos enseñó a gozar con las cosas sencillas y pasajeras, esos kioskos, con K, esas "cabinas callejeras" donde el tiempo se viste cada día de colores nuevos sujetos con las pinzas de la provisionalidad, porque:

"Si un día los kioskos se arrancasen de sus lugares, expulsándolos de la ciudad, ésta se quedaría silenciosa, o al menos un poco muda, porque los kioskos tienen la pequeña elocuencia de las cosas, y sobre todo nunca podrá hacerse un kiosko rascacielos, que ya es bastante para tenerle afecto..."

